sándose, se sacrificó heroicamente. No consta con certeza nada de esto, pero sí, que, después de haber orado mucho, y recibido en cambio, pues nunca se ora en vano, tesoros de fe y de generosidad, ignorando su suerte ó resignada con ella, compareció ante el altar con tal brillo de virtud, que enterneció á los presentes.

—«¡Oh! exclama un antiguo escritor, al hablar de Santa Mónica. ¡Quién sería capaz de expresar cómo se presentó esta santa joven al pie del altar, para hacer los sagrados juramentos que iban á ligarla por toda su vida! ¡Qué santo pudor, qué belleza de alma aparecerían en su rostro! ¡Qué incomparable modestia!» Pero estas cosas no es posible decirlas sin haberlas presenciado (1).

(1) *Boll.*, 4 de Mayo.

CAPÍTULO II

INTERIOR DE UNA FAMILIA PAGANA. — DULZURA Y PACIENCIA DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA, HACIÉNDOLA TRES VECES MADRE.—PRINCIPIO DE LA EDUCACIÓN DE AGUSTÍN

Años 355 al 369.

Nada más triste que los primeros meses de una unión inconveniente: cada día se desvanece un ensueño, y las ilusiones desaparecen como las hojas de los árboles en día de otoño. Se descubre la desigualdad y oposición de carácter, la diferencia en el modo de ver las cosas, y viene, por último, la dura realidad; y si la fe y el amor de Dios no nos ayudaran, caeríamos en la postración, nos dominaría el desaliento y desaparecería toda esperanza.

Santa Mónica, que hasta entonces había vivido en la paz de un hogar cristiano, no sospechaba, ni podía sospechar, lo que eran las interioridades de una familia que Dios no preside,

y donde las pasiones desencadenadas convierten la vida en tempestad continua. Su madre política vivía aún, y como si todo se conjurara para hacer más penosa la posición de Mónica, las circunstancias iban á obligarla á vivir en su compañía. Pagana aquélla, como su hijo Patricio, semejábasele también por su genio y carácter. Era mujer imperiosa, violenta á la par que astuta, y para que nada le faltase, era además celosa, como acostumbran las suegras. Los criados se mostraban dignos de tales amos: no pudiendo herirla de otro modo, motejaban á su joven señora; y bien pronto veremos que, para complacer á la suegra, calumniaban bajamente á la nuera. Si, aun contando ciertamente con el apoyo de su esposo amante, sería esta posición cruelísima para una joven de veintidós años, ¿cuánto más lo sería para Mónica, que diariamente descubría los mil abismos que la separaban de Patricio? Éste no comprendía la vida de su santa compañera. Sus oraciones le causaban hastío; sus limosnas le parecían excesivas, y juzgaba extravagancia el que su esposa visitara los pobres enfermos, y tratase con amor á los esclavos. A cada paso encontraba nuestra Santa en su camino las mil trabas, descritas por Tertuliano, que una mujer cristiana hallará siempre en la compañía del marido que no participa de su misma fe. ¿Cómo, decía este genio observador, podrá servir á Dios una mujer cristiana, teniendo á su lado un hombre que no le adora? Si debe asistir al templo, él la citará para el baño antes de la hora: si debe ayunar, dispondrá un festín para el mismo día; y si piensa salir de casa, los criados estarán muy ocupados. ¿Permitirá este marido que su mujer vaya de calle en calle, visitando las tristes moradas de sus pobres hermanos, que viven en la miseria? ¿Llevará á bien que se levante para asistir por la noche á las solemnidades de la Pascua? ¿Le tolerará acercarse á la mesa santa, que tanto desacreditan los paganos? ¿Encontrará plausible el que su mujer penetre en las prisiones para besar las cadenas de los mártires, y para lavar los pies á los Santos? ¡Si fuere necesario dar alguna cosa á los extranjeros y caminantes, el granero y la cueva estará cerrado! (1)

Ésta era la vida de Santa Mónica, ó mejor

---

(1) «Ut si statio facienda est, maritus de die condicat ad balneas. Si jejunia observanda sunt, maritus eadem die convivium exerceat. Si procedendum erit, nunquam magis familiæ occupatio adveniat. Quis denique in solemnibus Paschæ abnoctantem securus sustinebit? Quis in carcerem ad osculanda vincula martyris reptatare patietur? aquam sanctorum pedibus offerre, etc.» (Tertuliano, *Ad uxorem*, lib. II, cap. IV)

dicho, el martirio de cada día. Sin duda que se habría resignado á todo, si la pureza de su corazón no hallara en ello peligro alguno ; pero ¡ay! continúa Tertuliano, ¿acaso la mujer cristiana dejará de ser estimulada por su marido pagano á complacencias paganas? ¿No exigirá de ella un primor, unos adornos, un cuidado de su cuerpo y un género de amor que Dios no aprueba (1)?

Mónica experimentó estas cosas desde los primeros días, y, aunque joven aún y sobremanera inocente, conoció al instante, no sin admiración, cuántas debilidades se albergan en el alma del hombre, no tocado todavía por la gracia de Jesucristo. Pero esta perspectiva no debilitó sus fuerzas: lejos de abatirse, como suelen por lo común tantas cristianas, y en lugar de alejarse del techo conyugal, como acababa de hacerlo Fabiola (noble romana, casada con un pagano harto parecido á Patricio), levantando su corazón á regiones más elevadas, comprendió que Dios no le había enviado aquella pobre alma para que la abandonase, sino que al contrario se la había confiado para que procurase su curación, la convirtiera y la iluminara. ¿Para qué, en efecto, el matrimonio con su dignidad, sus gracias y sus estrechos lazos, sino es para la iluminación recíproca de las almas de ambos esposos? ¿Para qué el amor natural cuando Dios le da, y el sobrenatural que debe perfeccionar y transformar el primero, sino para que sirva de luz? Sí. ¡Para que quien vive en la luz, ilustre al que está en tinieblas! ¡Para que el fuerte ayude, como dice el Apóstol, al que está enfermo en la fe! ¡Para que el muerto sea resucitado por el que tiene vida! Y si para llenar estos deberes, fuera preciso sufrir, padecer, verter lágrimas y dar hasta su sangre, ¡oh! ¡qué bello martirio para el alma cristiana que sepa sufrirle generosamente!

(1) Tertuliano, *Ad uxorem*, lib. II, cap. IV.

San Agustín, que nos revela este gran pensamiento de su madre, le expresa de modo inmejorable, exponiendo á la vez clarísimamente el método de que ella se sirvió, para triunfar en tan difícil empresa. «Educada, dice el Santo, con »lecciones de modestia y discreción, y sumisa á »Dios y á los padres; desde el momento que con»trajo matrimonio, obedeció y respetó siempre á »su esposo; y como deseaba ardientemente con»quistároslo ¡oh Dios mío! procuraba mucho que »en sus propias costumbres tuviese una revela»ción tan sensible, que le aproximara á Vos (1).»

(1) «Sategit eum lucrari tibi, loquens de te illi moribus suis, quibus eam pulchram faciebas et reverenter amabilem atque mirabilem viro.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

Es decir, que, lejos de valerse de la palabra, de la discusión y de las reconvenciones, para ganar el corazón de su marido y hacer que viniese á Dios; en lugar de predicar la virtud, empezó por practicarla ella misma. Procuraba ser amable, humilde, paciente y consagrada en absoluto á su esposo; segura de que si, en lugar de mostrarle siempre la verdad en sus labios, lo cual no es difícil, conseguía ponérsela de manifiesto con el ejemplo de su vida, llegaría un momento en que Patricio no podría resistirse á ella, y cambiaría por completo ante una luz tan suave, tan discreta y tan verdadera. Pero como, para realizar esta manifestación de la verdad por la virtud, se necesitaba algún tiempo y no poco heroísmo, Mónica buscaba lo uno y lo otro; y aun cuando conocía las debilidades y mala correspondencia de su marido, nunca le decía una sola palabra áspera y desabrida, y todo lo sufría en silencio (1). Mónica lloraba en ausencia de su esposo, pero como sabía que era locura exigir de quien no ama á Dios, que ame con fidelidad á las criaturas, contentábase con pedir para su dócil marido la ferviente fe y el amor divino, únicos medios de hacer castos á los hombres (1).

(1) «Ita autem toleravit cubilis injurias, ut nullam de hac re cum marito haberet unquam simultatem.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

Cuando Patricio se dejaba dominar de su carácter soberbio, Mónica guardaba el mismo silencio, mostrando siempre dulzura, humildad, discreción y verdadero amor; porque, á la verdad, ¿qué puede decirse á un hombre que no sabe dominarse? Aguardaba á que pasara el furor, y cuando Patricio había recobrado la razón, aprovechando esos momentos de ternura en que los hombres violentos, pero afectuosos, procuran olviden sus excesos los que de ellos fueron víctimas, con gran confianza, especial delicadeza y á solas con él, entraba en explicaciones, y aun le hacía alguna reconvención llena de ternura, que casi siempre era bien recibida (2).

Esta misma destreza y el gran secreto del silencio y de la abnegación, aconsejaba Mónica á todas sus amigas. Cuando veía á éstas con el rostro acardenalado, y ultrajadas por las violencias de sus jóvenes esposos, al quejarse amarga-

(1) «Expectabat enim misericordiam tuam super eum, ut in te credens castificaretur.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

(2) «Noverat hæc non resistere irato viro, non tantum facto sed ne verbo quidem. Jam vero refracto et quieto, cum opportunum videret, rationem facti sui reddebat.» (*Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

mente, «en tales casos, les decía con particular »agrado, procurad contener vuestra lengua, es »decir, guardad silencio».

Y á la verdad que en esto tenía razón, pues, á pesar de ser su marido más violento que ningún otro, jamás se permitió castigarla; llegó sí á amenazarla alguna vez en sus excesos de cólera, pero nunca pasó de aquí; porque Mónica supo contenerle siempre con la dulzura de sus miradas (1). Y no solamente contenerle, lo cual era en Thagaste motivo de admiración para cuantos habían conocido á Patricio antes de sus bodas, sino que, continuando este método con la paciencia y fidelidad que se había propuesto, llegó insensiblemente á adquirir ante su marido una belleza especial y desconocida. Cayendo suavemente, pero de continuo, sobre el alma de Patricio esta dulzura, esta delicadeza y mil pruebas de su adhesión y sacrificio; llegaron, sin que apenas él se apercibiera, á abrir en su alma un surco cuya profundidad no pudo conocer hasta más tarde. Su amor, porque en medio de las violencias y debilidades él amaba á Mónica, se

(1) «Cumque mirarentur illæ, scientes quam ferocem conjugem sustineret, numquam fuisse auditum, aut aliquo indicio claruisse, quod Patricius ceciderit uxorem.» *(Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

transformó insensiblemente, ganando en elevación y nobleza, y apareciendo mezclado con un respeto de que jamás Patricio había tenido idea. «Mónica le parecía cada vez más bella, dice San »Agustín, y esta belleza, que provenía de su vir»tud, empezaba á granjearla el amor respetuo»so, y hasta la admiración de su marido (1).»

En medio de tales penas, y de aun bien vagas y lejanas esperanzas, queriendo Dios consolar á Mónica, unirla más y más á Patricio, no obstante las infidelidades de éste, y hacerla también más soportable y hasta querido el hogar donde tanto había de sufrir, permitióle gustar por vez primera la mayor felicidad que acaso haya en la tierra, después de consagrarse á Dios. Mónica fué madre, y cuando estaba aún en la flor de su vida, vió pender de su cuello tres hermosos niños, que empezaron á hacer menos amargas sus lágrimas.

El primero que recibió de las manos del Señor, fué este hijo, para siempre célebre, llamado Agustín: dióle al mundo á la edad de veintidós años, el 13 de Noviembre del 354. Cuéntase que, durante su embarazo, tuvo revelación de las maravillas que obraría su hijo algún día, si sabía

(1) «Pulchram et reverenter amabilem atque mirabilem viro.» *(Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

criarle para Dios; y preciso es convenir en que, leyendo con detenimiento las *Confesiones*, parece confirmada la idea de un presentimiento misterioso; á no ser que la vehemencia del dolor y las fervorosas oraciones de Santa Mónica durante los extravíos del hijo, la firmeza de su esperanza y más aún la seguridad que parece haber tenido siempre de la conversión de Agustín, proviniesen de su gran fe en Dios y de su extraordinario amor al hijo; cosa á que yo me inclino de buen grado, y supuesta la cual se haría más interesante y admirable nuestra Santa.

El segundo hijo de Mónica se llamó Navigio, dulce y piadoso niño á quien no agitaron las tempestades que á su hermano, ni sufrió sus pesares ni tuvo sus arranques sublimes; pero que, sin elevarse á tanta altura como él en la virtud, dejó en la Iglesia una memoria que, aun envuelta en el misterio, no carece de belleza. Navigio era instruído, pero tímido, silencioso y enfermizo; uno de esos seres sensibles que pasan su vida, más ocupados en otros que en sí mismos. Le veremos aparecer en esta historia dos ó tres veces, siempre al lado de Santa Mónica, á quien puede decirse no abandonó jamás; y de la que fué siempre, pero con especialidad durante los extravíos de su hermano Agustín, consolador afectuoso, fiel y constante guardián. Según se cree,

el joven Patricio, sobrino de San Agustín y subdiácono de Hipona (1), era hijo suyo, é igualmente otras sobrinas del Santo Doctor que, muy jóvenes todavía, tomaron el velo de esposas de Jesucristo (2). Por esta parte, al menos, resulta que Santa Mónica tuvo poco que sufrir, y que experimentó grandes consuelos.

No fueron Agustín y Navigio los únicos hijos que Mónica «concibió en su seno para la vida »temporal, y en su corazón para la vida eter»na» (3), según la magnífica expresión del primero. Tuvo también una hija á quien, se cree, dió el nombre de Perpetua, la célebre mártir de Cartago, y hoy Santa muy popular en África. Desgraciadamente esta niña, que ocupaba el tercer lugar entre los hijos de Mónica, pasó más desapercibida aún que su hermano Navigio; y difícilmente podrá hallarse rasgo alguno de su fisonomía. Piadosa como su madre, llegó á contraer matrimonio; pero quedando bien pronto viuda, y al parecer sin hijos, vivió al lado de su hermano Agustín hasta el día de la ordenación; ya que, según Posidio, á partir de este momen-

(1) Sermón 336.
(2) Posidius, XXVI.
(3) «Quæ me parturivit, et carne ut in hanc temporalem, et corde ut in æternam lucem nascerer.» *(Confes.*, lib. IX, cap. XIII.)

to, no permitió que mujer alguna habitara en su casa, inclusa la misma hermana. Entonces se consagró ésta á Dios abrazando la vida religiosa, en la que llegó á ser Superiora de uno de los monasterios fundados por San Agustín; y fué tal el perfume de virtud que desde la cuna á la tumba exhaló su vida, que el gran Doctor le da constantemente el nombre de Santa (1). Tanto á Perpetua como á Navigio se tributa culto en Roma, y así como en otros muchos lugares de la cristiandad, que les han erigido altares.

Tal es el aspecto que ofrece la familia de Santa Mónica. Era pagano el padre, la madre de éste, los criados, las criadas, y todos parecían conspirar á que fuese imposible la educación cristiana; no obstante, los tres hijos de Santa Mónica subieron á los altares, como si por este medio se hubiese propuesto Dios patentizar el poder de una madre cristiana, aun cuando se encuentre sola para educar á sus hijos; y ¡cuánta es la felicidad de éstos al ser concebidos en un corazón do habita el amor de Dios, y en que se albergan todas las virtudes!

Mónica, ya que no dichosa, habría tenido al menos algún consuelo recibiendo de Dios familia, si un dolor más amargo que cuantos hasta

(1) *Cartas de San Agustín*, carta XXIV.

entonces conociera, no hubiese venido á acibarar sus alegrías y á emponzoñar su existencia. Patricio se dejaba dominar cada vez más de sus vergonzosas debilidades: ni la hermosura del espíritu y corazón de su santa esposa, ni el grande y tierno amor que ésta le profesaba, ni el nacimiento sucesivo de sus tres hijos, habían sido bastante á encadenar esta alma ligera; y no obstante las lágrimas y ruegos de Mónica, Patricio empezaba á alardear de sus desórdenes. ¿Cómo pintar lo que en semejantes casos sufre una mujer cristiana, una esposa, y una madre? Sufre el martirio del alma, de que habla San Ambrosio, el cual, aunque se realiza en el secreto del hogar doméstico, no es por eso menos espantoso, ni menos desgarrador que cualquier otro martirio (1).

Pero nada pudo separar á nuestra Santa de la línea de conducta que se había trazado á sí misma. Abandonada en la flor de su edad, y vendida por el padre de sus hijos, Mónica, que podría tener entonces veintisiete años escasos, y que después de cuatro ó cinco de matrimonio, veía desvanecerse las esperanzas en que se meciera desde los primeros días de sus bodas, lejos de abatirse, redobla, por decirlo así, su fervor y su

(1) «Sunt quædam, inter domesticos parietes, secreta martyria.» *(Obras de San Ambrosio,* t. II, pág. 497.)